

Laura los vio primero, cuando llegaba a la cima de la pequeña pendiente. Yo la vi detenerse apoyando el pie derecho en la tierra del sendero, inclinar la cabeza hacia adelante como tratando de aguzar la mirada y luego volver a pedalear con fuerza. La perdimos de vista unos segundos antes de escuchar el grito:

—¡Déjenla, estúpidos, déjenla!

Eso nos bastó para comprender la cercanía del peligro y también nosotros pedaleamos con más fuerza para alcanzarla.

Eran cuatro, pero más pequeños que nosotros, niños de entre 10 y 12 años, amontonados alrededor de algo que sin duda estaba en el suelo en medio del grupo. El grito de Laura los había obligado a levantar la mirada de aquello que estaba entre ellos para dirigirla hacia la chica que pedaleaba a

toda velocidad hacia ellos y nuestra presencia los hizo levantarse y echar a correr colina abajo.

Laura desmontó de un salto y, dejando tirada su querida bicicleta, corrió hacia el lugar que antes habían ocupado los pequeños granujas. Ni Adriana ni yo comprendíamos lo que estaba pasando pero también desmontamos y corrimos detrás de ella.

10

Estaba en el suelo, moviéndose apenas, sucia, rodeada de ramitas y piedras, elementos que sin duda los niños habían empleado para molestarla. Su cuerpo ondeaba apenas y había algo en los tenues movimientos de la pequeña serpiente que inspiraba pena. Era de color oscuro y, aunque estaba sucia de tierra y barro, sus escamas conservaban algo de su brillo original, su cabeza era redondeada y sus ojos oscuros sobresalían a los costados, de cuando en cuando una lengua diminuta asomaba de su boca y era bastante obvio que estaba muy desorientada.

Laura sacó el *tupper* que llevaba en su morral y que había albergado la comida para nuestro picnic y lo puso junto al pequeño animal. Adriana ahogó un gritito mientras nuestra amiga tomaba al reptil con mucho cuidado para ponerlo en el envase, su-

jetarlo en la canastilla de su bicicleta y bajar a todo pedaleo por la colina, rumbo a su casa.

—Les escribo más tarde —alcanzó a gritar como única despedida, antes de alejarse.

12 —¿Lau? Lau ¿estás?... Contéstanos porfi... —la voz de Adriana sonaba preocupada a través del mensaje de voz.

—Sí, Lau, ¿estás bien?... estamos preocupados por ti —traté de que mi tono sonara neutral.

Laura había desactivado hacía meses la opción que permitía ver cuándo se conectaba y también la opción que nos dejaba saber si había leído o no los mensajes enviados. Lo había hecho porque algunas chicas del colegio la molestaban y así, por lo menos, las dejaba con la incógnita de si había o no recibido sus mensajes. Sin embargo, esa tarde nos pareció la más larga del mundo, porque no era común que una de nuestras mejores amigas se vaya llevándose un reptil de compañero.

—Es inútil, Esteban, no nos va a contestar —esta vez, Adriana apeló a una conversación pri-

vada, y como si la idea hubiera surgido de repente, añadió:— ¿y si le decimos al Ale que le escriba?

Sabíamos bien que Alex era el único miembro del grupo al que Laura solía escuchar y entendíamos por qué, Alex parecía tener siempre la voz de la razón.

—Pero dile tú, a mí no me hace caso...

—Ya, meta, le escribo y a ver qué dice.

13

Alex es mi mejor amigo, confío mucho en él y, además de Adriana y Laura, es de las pocas personas con las que puedo hablar de todo aunque tengamos ideas diferentes respecto de muchos temas, pero en realidad no tenía ninguna gana de hablar con él. Sabía que desde el anterior bimestre yo había estado teniendo problemas en Biología y, como el buen amigo que era, se había propuesto ayudarme. Pero era domingo, estaba cansado por la salida con las chicas y no tenía ganas de que me recordara que mi cuaderno, con la tarea sin empezar, me miraba como juzgándome desde mi escritorio.

No es que no me interese el colegio o la tarea, me interesa y mucho, quiero terminarlo de buena manera, aprovechar lo que me enseñen y con eso ser un adulto responsable y demás, es solo que a

veces me da mucha flojera. Siento que es un castigo quedarme encerrado llenando páginas y páginas de ejercicios de álgebra (que, modestia aparte, se me dan muy bien) o leyendo libros de texto plagados de términos que no entiendo, cuando podría estar al aire libre, disfrutando de mi tiempo con mis amigos. Incluso sería mejor si pudiera quedarme en casa viendo tele, una buena película o jugando, pero mis padres consideran que esa es la verdadera pérdida de tiempo y no me permiten pasar mi vida frente a la tele.

Por lo menos, en ese sentido, son algo más relajados que los padres de mis amigos. Los papás de Alex siempre lo inscriben en todo tipo de cursos, por eso a veces no tiene tiempo para salir con nosotros, él dice que le gustan pero, por favor, ¿en serio?, ¿te puede gustar más la matemática que un paseo en una tarde tibia? Adriana es otra favorecida, un poco como yo, es la hermana menor y sus tres hermanos mayores ya no viven en casa, ella dice que sus papás estaban tan agotados con sus hermanos que ella prácticamente se crió sola. Me gusta ir a su casa a hacer las tareas, es muy hábil y siempre que vamos prepara ricos bocadillos

para todos y también es buena reparando cosas en casa. Se sabe cientos de trucos, desde cómo ahorrar agua en las descargas del tanque del inodoro hasta cómo abrir frascos con tapas imposibles de abrir. Nosotros realmente creemos que tuvo que aprender todo eso por el tiempo que pasa sola, aunque también sabemos cuánto le gusta pasar las tardes viendo dorama o animés shojo.

15

Y finalmente está Laura, ella es la más atlética del grupo. Pese a que alguna vez estuve en una escuela de fútbol por un par de años, ella me gana, ha practicado varias disciplinas y a veces no tiene tiempo, porque le gusta que de vez en cuando sus padres la inscriban a cursos cortos de dibujo, pintura, manualidades e incluso serigrafía. Entre todos somos amigos desde inicios de primaria y nuestros padres fomentan nuestra amistad, verdaderamente a veces siento que son como parte de mi familia.

Menos de cinco minutos después, Adriana me mandó un mensaje de voz, se notaba que estaba algo dolida.

—Creo que nos están raleando... Dice que nos van a contar todo después... Está con ella —sutono

resentido se percibía a través del teléfono. Quise animarla con un *gif* de Psyduck sosteniendo su cabeza, pero me respondió con un emoticón de carita triste. Entonces se desconectó.



Estaba sentada sola, mirando fijamente la pantalla de su celular. En cuanto me vio, sonrió y levantó la mano a manera de saludo. Me acerqué a saludarla. 17

—La Adri te va a pegar.

—¿Por qué?

—Jamás nos respondiste... Se preocupó mucho y creo que también le molestó que siendo tu mejor amiga hubieras preferido verte con el Ale y contarle a él...

—¿Al Ale...? ¿De qué estás hablando?

—Es que lo llamó ayer en la tarde y él le dijo que estaba contigo.

Laura se rió.

—No, nada que ver. Le voy a explicar y entenderá.

Luego me indicó con un gesto que viese la pantalla de su celular. En ella se podía distinguir la fotografía

de la serpiente que se había llevado el día anterior a casa. Me encontraba fascinado mirándola cuando Adriana llegó, me saludó amigablemente y dedicó un “hola” glacial a Laura. Yo sabía que era cuestión de un rato que hicieran las paces. Laura seguía enseñándome fotografías y un video de la pequeña serpiente; era de colores negruzcos, cabeza redondeada, ojos que parecían negrísimos y cola alargada.

—Por suerte sus heridas no eran serias, mi mamá dijo que solamente estaba agotada porque seguramente trató de escapar de esos niños.

La curiosidad venció al resentimiento de Adriana que asomó la cabeza para curiosear ella también.

—No se ve tan mal... —dijo en un casi susurro.

—No, ya está bien, mi mamá la examinó con cuidado y también mi papá.

—A mí me preocupaba que te picara... —era verdad, había temido que mi amiga fuera víctima del animal.

—¿Que me picara?

—Sí, bueno, en verdad no íbamos a saber qué hacer si te picaba ese bicho, ni cómo saber qué tan venenosa era...

Laura me miró con incredulidad.